

za L. S. Ford en una interesante contribución que tiene por título «¿Puede el Dios de Whitehead ser rescatado del teísmo del proceso?». En la misma línea se mueve el artículo de R. B. Edwards acerca de Dios y el proceso. Otros artículos estudian temas particulares de la teología natural de Whitehead, como el de W. Power acerca de la perfección divina o el de J. Harris —editor del volumen— sobre la eternidad de Dios, en el que critica la asunción que hizo Tomás de Aquino del motor inmóvil aristotélico.

Los últimos artículos se centran en los estudios lógicos de Clarke. Dunlap se ocupa de la versión modal del argumento ontológico defendida por Hartshorne y el intento de formalización lógica propuesto por Clarke. L. Chiara-viglio y L. Factor, en sus respectivos ensayos, afrontan la contribución de Clarke al cálculo de individuales. El volumen termina con un artículo de Clarke, en el que responde a los problemas planteados en los anteriores estudios.

En esta obra, que resulta interesante en su conjunto, podemos encontrar un testimonio de la reciente atención prestada por los filósofos angloamericanos al planteamiento metafísico de los problemas filosóficos y también una prueba de la actualidad que está cobrando —tras años de olvido— el pensamiento de Whitehead.

No obstante, hay que reconocer que la concepción de Dios que sostiene la interpretación más extendida de la filosofía de Whitehead no es compatible con la visión cristiana de Dios, ya que modifica algunos atributos divinos, como la inmutabilidad y la omnipotencia. En efecto, para la filosofía del proceso Dios tiene dos naturalezas: la naturaleza primordial y la naturaleza consiguiente. La naturaleza consiguiente cambia según sea la respuesta que las criaturas dan a lo que acontece, con lo que se

puede decir que Dios cambia o está en proceso. Por otra parte, para estos filósofos ni Dios tiene el monopolio del poder ni su poder es infinito. Dios no puede ejercer un poder coercitivo sobre las criaturas, sino sólo persuasivo. Evidentemente esta modificación de los atributos divinos no es aceptable para el cristiano, aunque algunos teólogos protestantes (David Griffin, Shubert Ogden y Lewis Ford) la hayan usado en sus reflexiones.

F. Conesa

Rudolf Michael SCHMITZ, *Dogma und Praxis*, («Studi tomistici», 51), Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1993, 130 pp., 117 x 24.

El pensamiento de E. Le Roy sobre el dogma ha sido en los últimos años objeto del interés de algunos teólogos. Recuérdese, por ejemplo, la monografía de G. Mansini. En esta misma línea de interés, aunque con una interpretación muy diferente de la del autor últimamente citado, se sitúa la obra de R. M. Schmitz, que recoge su tesis de licenciatura en la Universidad Gregoriana.

El libro contiene cinco capítulos. El primero es de carácter biográfico, y en él, entre otros aspectos de la vida de Le Roy, el autor insiste en su formación bergsoniana, así como en su carácter profundamente religioso. En el segundo capítulo, se abordan las fuentes del pensamiento de Le Roy para concluir que le era ajeno cualquier influjo de los pragmatistas anglosajones, y que la prácticamente única fuente de su pensamiento fue la filosofía de Bergson. Schmitz dedica el capítulo siguiente a la relación de Le Roy con el modernismo, cuestión sobre la que muestra su opinión de que Le Roy era claramente un

modernista, independientemente de su religiosidad y de su sometimiento al Magisterio. La parte principal del trabajo se halla en el capítulo cuarto en el que se aborda el concepto de dogma en Le Roy y una discusión de esa noción. El breve quinto capítulo es una sencilla exposición de obras posteriores a Le Roy que han tratado del dogma.

La obra de Schmitz está bien documentada tanto en lo que se refiere a las obras de Le Roy como a la bibliografía posterior sobre el dogma en general, incluidas las obras más modernas. Se podrá discutir alguna interpretación del autor, como la atribución de la defectuosa noción de dogma de Le Roy a su antitomismo, o la misma consideración del autor francés como un modernista. Defendiendo la posición que ha considerado ser la justa, Schmitz ha realizado, sin embargo, competentemente una obra que resulta interesante y de calidad.

C. Izquierdo

Franco ARDUSSO, *Imparare a credere. Le ragioni della fede cristiana*, ed. Paoline, (col. «Universo Teologia» n. 8), Milano 1992, 211 pp., 13,5 x 21.

El libro de F. Arduoso, profesor en la Facoltà Teologica dell'Italia Settentrionale, quiere ser una contribución para «todos aquellos que se preguntan sobre la 'solidez' del fundamento de aquella fe en la que fueron iniciados en su infancia». El propio título hace referencia a ese aprendizaje para creer, que debe ser constantemente repensado.

Las razones de la fe. Este subtítulo señala la intención del A. «Aprender a creer» comporta, entre otras cosas, caer en la cuenta de las razones sobre las

que reposa la fe. Quien cree, si quiere ser coherente con sus profundas exigencias interiores, debe creer de modo digno del hombre. «Por usar una expresión habitual, el acto de fe debe ser intelectualmente honesto y moralmente responsable» (p. 8). Lo que, como es sabido, no implica que se crea «por razones», aunque haya razones para creer.

Precisamente desde esta reflexión sobre el propio creer, el cristiano puede entonces hablar de fe adulta, responsable y respetuosa con quien duda o se manifiesta increyente. A la vez, su fe está lejos de la dubitativa seguridad del subjetivismo arbitrario e irracional. El libro se inscribe, pues, en la tarea actual de recuperar el fundamento racional de la fe tras los embates de un racionalismo reductivo que ha llevado, paradójicamente, a un fideísmo o un irracionalismo supersticioso en gran parte de nuestros contemporáneos. El acto de fe nada tiene que ver con una «apuesta» voluntarista, ciertamente legítima pero irracional. El cristiano «tiene razones válidas para apostar» (p. 9).

El A. organiza su exposición según el siguiente esquema: análisis de la indiferencia religiosa y el retorno de la religión; qué significa creer; la fe como confianza y como conocimiento; el contenido central de la fe o la esencia del cristianismo; el cristianismo es una fe; la fe y sus razones: aquí analiza las diferentes propuestas teológicas clásicas y recientes sobre el tema (P. Rousselot, J. H. Newman, J. B. Metz, H. U. von Balthasar), con acertadas apreciaciones valorativas.

Un libro bien informado (especialmente de la objeciones del laicismo italiano), en que se tratan los temas ineludibles en toda reflexión sobre la cuestión. Su lectura será sugerente en más de un punto.

José R. Villar